

ORLANDO FALS BORDA: TÓTEM Y TABÚ

Hace pocos días murió en Bogotá el sociólogo Orlando Fals Borda, uno de los pocos académicos colombianos de la segunda mitad del siglo XX que alcanzó renombre internacional, sobre todo por una forma de “intervención sociológica” conocida con el nombre de “investigación-acción-participación” y por su trabajo a finales de los años cincuenta en una Comisión de estudios sobre la violencia que dio lugar al primer intento sistemático por pensar ese repetido enigma que algún historiador ha llamado el gran “fratricidio nacional”.

La obra académica escrita de Fals Borda, a quien se considera con entera justicia como una de los fundadores de la sociología colombiana –de hecho es uno de los fundadores del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia- es amplia y de grandes originalidades, aunque muy poco leída y escasamente analizada y a su manera constituye una *tradición intocada*, un *bien* que se declara de gran valor y con altos poderes, pero al que nadie decide acercarse.

Bajo el impulso de quien fuera uno de sus primeros maestros, el sociólogo norteamericano T. Lynn Smith, Fals Borda entró pisando fuerte con dos investigaciones, convertidas luego en libros, que siguen siendo modelo de análisis de las sociedades rurales de América Latina: *El hombre y la tierra en Boyacá* y *Campesinos de los Andes*, obras que estuvieron antecedidas, acompañadas o prolongadas por una serie de artículos que avanzaban, complementaban o recreaban el núcleo de esos dos trabajos, cuyo impulso venía de su convicción de la necesidad que los países andinos tenían de lo que desde los años 1930 se llamó en América Latina la “reforma agraria”.

Vendría después una serie de trabajos importantes, cuyo trasfondo sería el de la violencia partidista y la responsabilidad que en ella le correspondía a las “élites” y sus “valores”, y que debe incluirse en el campo de los estudios pioneros del *cambio social en América Latina*, y a continuación un periodo largo que puede considerarse como de “exilio”, luego que los comunistas y grupos de izquierda ultraradical decidieran que Fals Borda –muy ligado a los organismos internacionales y a un tipo de sociología de gran aceptación en los Estados Unidos- era un “agente de la CIA” y fuera perseguido en su Departamento de Sociología y literalmente expulsado de la Universidad Nacional por una horda intolerante, muchos de cuyos representantes y descendientes han lamentado su muerte y realizado el elogio del sociólogo.

A su regreso a Colombia Orlando Fals abordaría de nuevo el estudio de las comunidades campesinas, pero el núcleo andino antes investigado (Cundinamarca y Boyacá) cedería su lugar al estudio de las sociedades interiores de la Costa atlántica, región sobre la cual escribiría una de sus obras mayores: la *Historia doble de la Costa*, una verdadera “historia total” sobre una sociedad regional, en donde Fals Borda investigaba desde la formación histórica de la propiedad, pasando por las relaciones de producción, hasta las estructuras políticas y las formas culturales (poéticas, musicales y el estilo cotidiano de vida), todo en un estilo novedoso (un texto de doble columna, una de las cuales, la de la derecha, cargaba con el peso de la teoría y de los enfoques de las ciencias sociales, y la otra, la de la izquierda,

avanzaba alegremente en el relato fluido y gozoso de la vida de la comunidad).

Bajo nuevas condiciones, Fals Borda regresó a la Universidad Nacional –al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales-, continuó con su trabajo de divulgador de la “Investigación-acción-participación” y dedicó la mayor parte de sus energías a la investigación de lo que parece haber sido el gran tema final de su vida: el problema del *reordenamiento territorial del país*, al tiempo que redobló su militancia política, se quejó de los rigores acartonados de la sociología y declaró que toda división entre ciencia y política era simplemente una coartada académica para huir de las responsabilidades con el “pueblo”.

Una nota como esta, que solo quiere lamentar su desaparición y recordar la importancia de su trabajo sociológico y docente, no es el lugar adecuado para hacer una evaluación de la obra de Fals Borda –una obra que fortuna siempre será objeto de disputa-, pero si puede servir para clamar por un estudio desapasionado y tranquilo (dos palabras que él hubiera rechazado) de una obra intelectual que se cierra después de más de medio siglo de iniciada y que ha merecido muy pocas consideraciones analíticas y excesivos elogios. El uso de su muerte, y de su propio entierro, por los descendientes de quienes lo expulsaron de la Universidad Nacional tildándolo de “agente del imperialismo norteamericano” y las columnas de prensa de algunos de quienes fueron sus discípulos dejan ya la idea de o que ocurrirá con su obra –que es lo que debería interesar-: que será colmada de adjetivos, mientras se la ignora como patrimonio sociológico investigativo que hay que criticar, única forma de rendirle tributo a quien fue un gran investigador.

Después de medio siglo los balances intelectuales sobre la obra de Fals Borda no son abundantes y no hay en el país, dentro de la literatura conocida, ni siquiera una decena de artículos que se haya planteado una reflexión seria sobre el “ethos” de las gentes boyacenses, sobre “el modo de producción del hombre caimán”, sobre la “permanente sabiduría del pueblo” y mucho menos sobre los riesgos de desprestigiar el análisis académico, cada vez que este no se asume como dependiente de la política militante y no se pone al servicio de las “mayorías”, tal como era su pensamiento al final de su vida. Hay que desear –sin mucho confiar- que la desaparición del gran sociólogo abra el espacio en el que se haga posible la lectura crítica y atenta de su obra, el mejor homenaje que se le puede rendir. De lo contrario Orlando Fals Borda seguirá siendo para las ciencias sociales en Colombia lo que hasta ahora ha sido principalmente: “tótem y tabú”.

R. Silva